

LA MUERTE DEL TIRANO.

Herido está de muerte, vacilante
Y con el paso torpe y mal seguro,
Apoyo busca en el cercano muro,
Pero antes se desploma palpitante.

El que en rico palacio, deslumbrante,
Manchó el ambiente con su aliento impuro,
De ajeno hogar en el recinto oscuro,
La negra eternidad mira delante.

Se extiende sin calor la corrompida
Y negra sangre, que en el seno vierte
De sus cárdenos labios la ancha herida,

Y el mundo dice al contemplarle inerte:
"Escarnio á la virtud era su vida;
Vindicta del derecho fué su muerte."

QUEJAS.

¿Qué te hice? ¡Tal rigor! . . .
Mi pobre alma se consume.
¿Por qué he perdido tu amor?
¡Ay! que se agosta la flor
Cuando pierde su perfume.

¿Por qué de tu amor el día
Me dió vida con su luz,
Si arrebatarme debía
Noche espantosa y sombría
En su lúgubre capuz?

Si eran mucho para mí
Tanto amor, tanta ventura,
¿Por qué me engañaste así?
¿Por qué entónces no morí
Feliz con tanta ternura?

Humilde fiel retrataba
Tu imagen mi alma gozosa,
Tu alma, en mi alma reflejaba:
Si estaba triste, lloraba,
Y si alegre; era dichosa.

Y con ese amor ardiente
Miré las flores más bellas,
Más espumoso el torrente,
Más apacible la fuente,
Más brillantes las estrellas.

Y no halló mi abnegación,
Sin tí, la dicha un momento,
Ni un latido el corazón,
Ni el alma una inspiración,
Ni el cerebro un pensamiento.

Y tanto amor, ¿qué merece?
¿Por qué llegó tu desvío?
¡Ay! que mi alma desfallece
Celaje que desvanece
Soplo de huracán bravío.

Entre el hielo aprisionada
Pobre flor que mira luego,
Miserable y desamparada,
La luz del sol adorada
Sin poder sentir su fuego.

Á veces quiero morir,
Pero es perder tu recuerdo,
Mas, si olvido he de sufrir,
Entre la muerte ó vivir
No sé cómo más te pierdo.

En mi dolor te bendigo,
Y corre amargo mi llanto,
Que ni una esperanza abrigo:
¿Por qué fuiste así conmigo
Cuando yo te amaba tanto?

¡Adiós! mi triste querella
No turbará tu memoria;
Alumbre pura tu estrella
Y no dejen ni una huella
Mis lágrimas en tu historia.

(ROSA ESPINO.)

LA SIESTA.

Aquí, bajo la copa
Flotante del palmero,
Que altiva se dibuja
Sobre el espacio azul,
A orillas de las aguas
Tranquilas del estero
Y cerca de las ondas
Del mar que ruje fiero,
Aguardo en nuestra hamaca,
Hasta que llegues tú.

Te espero, ven, señora;
Pasó de la mañana
La brisa fugitiva,
Y el sol abrasador
Marchita la azucena
Que se columpia ufana,
Y del gigante cedro

La cariñosa liana
Afloja desmayada
Los nudos del amor.

Se ocultan en el bosque
Los tímidos faisanes,
Y en las fangosas grutas
Del tétrico manglar,
Entre los verdes tules
Se aduermen los caimanes,
Los tristes alcatraces
Sin miedo de huracanes
Escuchan en las rocas
Los tumbos de la mar.

No se oye de las aves
La cántiga sencilla,
No cruza la gaviota
El cielo de zafir;
Ninguna nave surca
Las aguas con su quilla,
Y llegan presurosas
Hasta tocar la orilla
Las olas que en espuma
Se tornan al morir.

Silencio majestuoso
Que guarda los amores,

Señora, ven, te espero,
Acércate, mi bien;
Te envolverán los gratos
Perfumes de las flores,
Y miraré en tus ojos
Brillantes, seductores,
Espléndida irradiando
La llama del placer.

De mirtos y azucenas
Tejiendo una guirnalda,
Tu negra cabellera
Con ella ceñiré;

Sus flores desprendidas
Sobre tu fresca espalda
Dejando irán sus besos,
Hasta tocar la falda
Donde el encanto asoma
De tu desnudo pié.

Podré, como otras veces,
En tu agitado seno
Tranquilo mi cabeza
Ardiente reposar,
Sintiendo cuál se mueve
Con tu alentar sereno;
Y de placer y amores

Y de ternura lleno
Sobre tus blandas manos
Mis labios estampar.

¿Llegaste, mi adorada?
Coloca, sí, coloca
Tu seno junto al mío.
¿Suspiras de placer?
Tus labios seductores
Sellando están mi boca,
Me oprimes en tus brazos,
Tu aliento me sofoca;
Estréchame, ángel mío,
Confúndete en mi sér.

HASTIO.

Entrecerrados ya tus ojos bellos
Perdieron su mirar resplandeciente,
Y yo también te miro indiferente
Sin buscar el amor en sus destellos.

Triste y pálida estás; de tus cabellos
Negros rizos se pegan á tu frente,
Te reclinas en mí, mas ya no ardiente
Pongo mis labios con pasión en ellos.

Todo pasó, de la ilusión las flores
Marchitáronse al fuego del estío;
Perdiste tus encantos seductores;

Apurando el placer llegó el hastío,
Huyeron espantados los amores
Y siente el alma aterrador vacío.

LOS TRES SUSPIROS.

I.

Te ví pasar gallarda y altanera,
¡Ni una sola mirada para mí!
Mi pecho suspiró por vez primera,
¡Y suspiró por tí!

II.

En mi hombro reclinabas tu cabeza:
De tanto amarte, me llegaste á amar;
El dueño me sentí de tu belleza;
¡Y volví á suspirar! . . .

III.

Entre los dos, la noche de la ausencia
Tendió sus alas y enlutó mi edén,
¡Te llevaste la luz de mi existencia
Y suspiré también!

IV.

Suspira el corazón con la esperanza;
Suspira con la dicha que perdió;
Suspira con el bien, cuando le alcanza;
¿Por qué suspiro yo?

La Campana.

Anunciando la fiesta de la aldea
Matutino repique se desata,
Que lanza como rauda catarata
La campana que alegre clamorea.

Mas triste y melancólica golpea
Y fúnebre el tañido se dilata,
Cuando la muerte pálida arrebatata
Algún sér cuya fosa el viento orea.

Por eso con profunda simpatía
Escucha el pueblo, y con cariño santo,
Ese tañir que grato le extasía;

Porque á ese bronce, en misterioso encanto
Siempre le oye reir en su alegría,
Siempre le oye llorar en su quebranto.

IDILIO.

Una casita
Sobre una alfombra
De blancas flores y verde grama,
Donde recuestan su fresca sombra
Los arrayanes y la retama.

Entre las juncias
Y carrizales
Un arroyito que corre puro,
Acariciando con sus cristales
La madre selva que escala el muro.

Blancas ovejas
Sobre las lomas,
Tordos parleros por los sembrados,
Y en dulce arrullo blancas palomas
En los aleros de los tejados.

Cabe las puertas
Y en las vetanas,
De roja hiedra fresca cortina.
Y por los patios cruzando ufana
En raudó vuelo la golondrina.

Entre los fresnos
Aves cantando,
Junto al estanque lirios y rosas,
Y por las flores, ledas buscando
El dulce néctar las mariposas.

Y tú á la sombra,
Cerca del río,
El verde musgo por blando lecho,
La trova oyendo que el pecho mío
Manda á que more dentro tu pecho;

Y allí pintando
Mi amor ardiente,
Y contemplando tus bellos ojos,
Húmedos besos sobre mi frente
Pondrán temblando tus labios rojos.

Dos Miradas.

Anoche me veías
Con el alma en los ojos concentrada,
Y yo te comprendí que me decías
«Bésame con la luz de tu mirada.»

Entonces, más ardiente
Otra mirada de tus ojos bellos,
Vino á contarme pura y refulgente,
Que mi alma toda recibías en ellos.

Cuando el alma atesora
Tan infinito amor que va de hinojos
Culto rindiendo al sér á quien adora,
La palabra se siente abrumadora
Y el idioma del alma está en los ojos.

A D. Pedro Calderón de la Barca.

Con un golpe certero y poderoso
El cautivo de Argel, manco en Lepanto,
Hierde de lo ideál el tierno encanto,
Pedestal de la dama del Toboso.

En campo abierto y sin buscar reposo
Con sardónica risa paga el llanto,
Y burla lo más noble y lo más santo
Que se alberga en el pecho generoso.

Mas llegas tú, con soberano empeño
Al idealismo tu poder redime
Y torna de la España á hacerle dueño,

Y al mundo dices, que entre penas gime:
“Levanta el corazón, *la vida es sueño*
“Y debes tú soñar con lo sublime.”

COMPOSICION

LEÍDA EN LOS PREMIOS DE LAS ESCUELAS DE LA
COMPAÑÍA LANCASTERIANA.

(Año de 1871.)

¿Lloras, Patria, mi Patria? tu gemido
Llega hasta mí tristísimo y doliente;
¿Y sufres otra vez, y otra vez lloras,
Y otra vez inclemente
El rayo de la guerra
Con su dardo de fuego hirió tu frente?

¡Yo te miré triunfante, vindicada,
Y sobre un alto pedestal de gloria,
Tu frente circundada
Por el iris brillante de la Historia;
Flotando tu bandera
Del viento de la paz al grato impulso,
Vuelto hácia el porvenir tu noble rostro,

Sacudiendo tu negra cabellera,
Mirando en lontananza
En la bóveda inmensa de los cielos
Aparecer el sol de la esperanza!

¡Hermosa era su luz! bajo sus rayos
Que cruzaban la atmósfera serena,
La fé del sentimiento,
Rica de inspiración y de ternura,
Un fantástico cuadro de ventura
A la región llevó del pensamiento!

Yo te soñaba así! Me parecía
Que la escarbada arena del combate
En fratricida lucha
Nuestra sangre jamás empaparía;
Y sólo del cansado
Y tenaz labrador el corvo arado
Sobre aquellos recuerdos surcaría,
Borrando sus dolores,
Como cubren las flores
La removida tierra de una tumba;
Como á la aurora cuando el sol aclara
Y el estrago pasó de la tormenta
Virgen la selva su hermosura ostental

¡Yo te soñaba así! Mi humilde acero
Colgando en el hogar, tomé la lira,

Soldado errante y vate peregrino,
Y besando la arena de la playa,
De otras regiones emprendí el camino.

Desde el bajel y lleno de tristeza,
Con la mano en el pecho dolorido,
Descubrí con respeto mi cabeza;
Fijé en las rocas la tenaz mirada,
Sentí crujir la nave
A impulsos del vapor arrebatada,
Y con la ronca voz de los pesares
Te dí un adiós y me perdí en los mares!

¿Dónde no va la Patria con nosotros,
Recuerdo vivo, palpitante y tierno?
¡Si es inmortal el alma
Que ese recuerdo lleva,
También ese recuerdo será eterno!

Al través de la calma y la tormenta
Crucé la soledad del mar hirviente,
Cual átomo perdido
Al soplo de huracán embravecido,
De corriente en corriente,
De región en región arrebatado,
De tormenta en tormenta sacudido.

Aún no tocaba con su hendiente quilla
El rápido bajel á la ribera,

Cuando allá en la tendida superficie
Miré como la bruma
Y flotando del mar sobre la espuma,
El humo en densa nube
Que arrebatado entre los aires sube.

Era el terrible aliento
Con que soplaba el monstruo de la guerra
En su rugir profundo,
Al recorrer violento
La turbada región de aquella tierra,
A cuyos ecos se estremece el mundo.

Pisé la playa y el hervor siniestro
Del rugiente volcán sentí á mi planta:
Era un pueblo luchando en la agonía,
Un pueblo valeroso
Que entre marciales cantos se levanta,
Y al eclipsarse de su gloria el día
Sus mismas armas con furor quebranta.

Atravesé su campos desolados,
Los pueblos de terror abandonados,
Las ciudades desiertas,
Y con el alma triste,
De la imperial París llegué á las puertas.

No era el París que el mundo proclamaba
Latiente corazón de los placeres,

Del siglo maravilla,
De gloria monumento;
Que el encendido soplo del combate
Echó por tierra su soberbio asiento!

¡Ante ese cuadro de terror y estrago,
De horribles desvaríos,
Lúgubre cifra de la gloria humana,
Me acordé de mi patria y de los míos!
Y con la faz turbada
Y al través de mi llanto
La contempló mi orgullo á tanta altura,
Que lleno de emoción y de ternura
¡A tí, mi Patria, levanté mi canto!

Los ecos de mi lira se apagaban
En la emoción del seno,
Y mi espíritu audaz resplandecía,
Y de entusiasmo lleno
Desde el fondo de mi alma te decía:
"Ni tiene triunfos que envidiar tu historia,
Ni tiene glorias que envidiar tu gloria!"

¡Cuánto anhelé volver! Mi sólo idea
Fué estar, entre los nuestros, la cansada
Narración de mi viaje repitiendo,
La verdad revelando,
El velo del engaño descorriendo,

Y en nombre de la Patria
Lanzar como sentencia de mi labio:
"Devolvamos desprecio por calumnia:
Devolvamos grandeza por agravio."

Dejando al fin las playas de la Europa
Vuelvo á cruzar los encrespados mares:
Inmensa parecía
Su agitada extensión que entre sus sombras
Devoraba la luz de cada día.
Yo en tanto en la cubierta
Viendo el sol apagarse en Occidente,
Entre los vientos de la mar buscaba
La brisa tropical sobre mi frente.

¡Tierra! clama una voz, se abre la bruma,
Alumbra el sol y la mirada inquieta
Busca el confin de la agitada espuma,
Y blanca faja pinta el horizonte,
Y el ojo del marino
Mira del Orizaba el alto monte
Cual término feliz de su camino.
Y brota de mi labio balbuciente,
Trémulo de quebranto,
Un grito de saludo al continente,
Y á las playas natales
En homenaje de cariño un canto!

Salté á la playa con febril anhelo,

Y con faz angustiada
Contemplé con asombro
La linfa pura de tu paz turbada,
Mas reí con desdén; tú eres un pueblo
Que de la guerra entre el fragor gigante
Te conservas ileso
Y marchas adelante
En los tendidos rieles del progreso.

¡Gloria á tu nombre! ¡honor á tu constancia!
De agitación tu vida se alimenta,
En tu sér el relámpago encendido
Que engendra la tormenta,
Es el hinchado mar embravecido
Cuya sublime magestad se ostenta
Al sentirse del viento sacudido!
Es tu frente altanera
Que no se inclina ante el acerbo duelo,
Ejemplo soberano
De ese volcán del suelo americano
Que con sus rocas amenaza al cielo.

¡Aquí siento el latir de tu existencia,
Palpitación ardiente
De esa generación que se levanta,
Se alza de los escombros de la tierra,
Soberbia se adelanta
Entre el revuelto polvo de la guerra,

Y el eslabón gastado
Rompe de las cadenas del pasado!

¡Aquí está el porvenir! luz de la ciencia
Cuyos laureles vuestra frente ciñe!
Tiernos hijos del pueblo,
De la Patria esperanza,
Acaba el porvenir para nosotros,
Mas nuestra vista alcanza,
Llevada por la fé de nuestro anhelo,
Una esplendente luz en lontananza
Que será el pabellón de vuestro cielo!

Generación que nace en tus hogares,
Como memoria santa,
Como ofrenda sagrada en tus altares,
Coloca esas coronas
Como un recuerdo vivo
De la heróica virtud de tus matronas.

¡Tuyo es el porvenir, niñez querida!
El angel de la fé sus alas bate:
Y ésta que se derrumba
Generación de duelo y de combate,
Puede orgullosa contemplar su tumba
Que compró con su sangre la victoria
Y planta aquí las palmas de tu gloria.

LA FLOR.

—

I

De la montaña en el abrupto flanco,
Limitando el barranco
Por donde turbio, atronador, hirviente,
Revolviendo entre rocas y entre brumas,
Se despeña el torrente
Arrojando con furia sus espumas,

II

Acantilado muro se levanta
Con altitud que espanta,
Coronado de robles y de encinas,
En donde tienden húmedo su velo
Las nieblas matutinas
Con la primera luz que baña el cielo.

III

Bordan soberbio manto á su grandeza
El musgo y la maleza,
Y los punzantes cactus, y atrevidos
Arbustos, que las rocas aferrando
Se inclinan suspendidos,
El espantoso abismo sombreando.

IV

El agua del torrente evaporada,
Retorna condensada
En anchas venas ó menudas gotas
Por la rugosa falda del gigante,
Y en las queiebras ignotas
e pierde misteriosa y murmurante.

V

Como lacia melena en los crestones,
Los tupidos festones
Lánguidos flotan á merced del viento,
Oscilando en constante y rumoroso
Y vago movimiento
Sobre la frente altiva del coloso.

VI

Levantán incansables tejedoras
Las plantas trepadoras

Su verde malla en la pendiente breña
Y se agrupan el hongo y el helecho,
De la desnuda peña
Luchando por asir el borde estrecho.

VII

Al abrigo del sol crece y florea
La fragante orquídea
Y es de aquella montaña la espesura
Fantástica cortina recamada
De flores y verdura
Al alcance no más de la mirada.

VIII

Por la florida senda pedregosa
De la cañada umbrosa
Que al pie de la montaña se estrechaba,
En fresca tarde de apacible día
Feliz atravesaba
En juvenil y alegre compañía.

IX

De aquella sierra en los peñascos huecos,
Despertaban los ecos,
Con el duro trotar de sus corceles,
Lucida cabalgata de amazonas

Servidas de donceles,
Animosas, gallardas, juguetonas.

X

Ya saltaban osadas y ligeras,
De robustas palmeras
Los abatidos troncos seculares;
Ya buscaban la sombra de lustrosos
Crujientes platanares,
O de frescos naranjos olorosos.

XI

Inquietos, jadeantes, fatigados,
Y de sudor bañados
Los generosos brutos gorbetean,
Y al viento arrojan en ligeras plumas,
De sus fauces que humean
Lucientes y blanquísimas espumas.

XII

Sobre un garboso y trotador overo
Que relincha altanero
Sacudiendo su crin luenga y sedosa,
Entre aquel bello grupo iba María,
La virgen pudorosa
Por quien de amor mi pecho se encendía.

XIII

Era esbelta y flexible. Su cabeza
 Con noble gentileza
 Coronaban undosos sus cabellos,
 Negros, finos, profusos y brillantes,
 *Y de sus ojos bellos
 Lamos de luz brotaban deslumbrantes.

XIV

La amaba yo con la pasión primera;
 Con mi existencia entera
 Una hora de su amor pagado habría;
 Pero ella altiva siempre y desdeñosa,
 Severa reprimía
 De mi edad la corriente tormentosa.

XV

Contemplando la hirviente catarata,
 La gentil cabalgata
 Se detiene, y se escucha entre las rocas
 El rumor de las voces argentinas
 De aquellas lindas bocas,
 Como el hablar de alegres golondrinas.

XVI

Mas de pronto en la peña acantilada,
 Con rápida mirada

Descubre entre las quiebras mi María,
 Roja, espléndida flor que altiva crece
 Y al hombre desafia
 Desde la inmensa altura en que se mece.

XVII

¡Con qué infantil candor, con qué inocencia,
 Expresó la impaciencia
 Que le causaba contemplar tan lejos
 Aquella flor, mirando su hermosura
 A los tibios reflejos
 Del sol que penetraba en la espesura!

XVIII

No pude resistir, sentí convulso
 Con repentino impulso
 Agitarse mi sér; el pensamiento
 Se incendió con el fuego de una idea,
 Y dijo mi ardimiento:
 «Suya será esa flor, pues la desea.»

XIX

Antes que alguno mi intención comprenda,
 Con la flexible rienda
 De mi corcel despierto el noble brío;
 Y pujante se mueve y se encabrita

Y en las aguas del río
Saltando el peñascal se precipita.

XX

Entre sordos rumores confundidos
Llegan á mis oídos
Ecos de angustia y gritos de quebranto
Que presurosos á llamarme vienen
Y ni me dan espanto;
Ni me hacen vacilar, ni me detienen.

XXI

Fuerte, ligero, audaz y apasionado,
Con el pecho inflamado
De aquella edad por el intenso fuego,
De ilusiones y amor llena la mente,
Atravesaba ciego
Las encrespadas olas del torrente.

XXII

El potro vigoroso hiende el agua;
Como de ardiente fragua
Es su aliento agitado. La onda fiera
Espumante le envuelve hasta la silla;
Pero su esfuerzo impera
el borde alcanza de la opuesta orilla.

XXIII

Salto de mi caballo, y diligente
Por la áspera pendiente
Que mi osada intención torna en escala,
Asalto con valor el alto muro
En donde el pié resbala
Y el apoyo en el brazo es inseguro.

XXIV

Como el reptil que en antro pavoroso
Se arrastra cauteloso,
Así avanzaba yo. Ya desprendida
Escapaba una piedra de mi mano,
Ya entregaba mi vida
Al seco matorral, fragil y vano.

XXV

Sobre el musgo mi planta se escurría;
En inútil porfía,
Me aprisionaban en flexibles lazos
Trepadoras sin fin y enredaderas,
Y al hacerlas pedazos
Se llevaban tras sí rocas enteras.

XXVI

A veces con esfuerzo sobrehumano
Y teniendo mi mano

A punzadora yerba mal sujeta,
Pugnaba por hallar, inutilmente,
El relieve ó la grieta
En la pulida faz de la pendiente.

XXVII

Era supremo triunfo la conquista
De la tajante arista,
Que duro pedernal me presentaba,
Y ofreciéndome apoyo pasajero
Mis carnes destrozaba
Con sus cortes más finos que de acero.

XXVIII

Con negras alas de cambiantes rojos,
Azotando mis ojos
El vértigo asomó; yo no veía
El abismo á mis piés; pero terrible
Su aliento me envolvía
Atrayéndome mudo, irresistible.

XXIX

Y ví nubes sangrientas, y ví estrellas
Rutilantes y bellas
Cruzando en oscurísimas regiones;
Y escuchaba tañidos de campanas,

Y rugir de aquilones,
Y conciertos de músicas lejanas.

XXX

Parecíame sentir que de su asiento
Con rudo movimiento
Quebrando las cadenas de granito,
Se arrancaba ligera la montaña,
Cruzando el infinito
Con torpe vuelo en lentitud extraña.

XXXI

Sentí helarse mi sangre; de pavora
Crugir mi dentadura,
Y en mi cerebro el soplo de la muerte.
Dejé de respirar; cerré los ojos
Y me detuve inerte,
Como en mullido lecho, en los abrojos.

XXXII

¿Pasé inmóvil una hora ó un instante?
Lo ignoro; delirante
Seguí subiendo. Todo parecía
A mi vista cambiar; por los cantiles
Precipitada huía
La repugnante fropa de reptiles.

XXXIII

Se animaban los cactus: erizados
 Sus dardos acerados
 Procuraban herirme. Rencorosas
 Me lanzaban fosfóricas miradas
 Víboras espantosas,
 En las oscuras grutas refugiadas.

XXXIV

Hirviente muchedumbre me rodea
 De insectos, que hormiguea
 Bajo la yerba, ó se alza en densa nube
 Y con formas diversas y bizarras
 Sobre mi cuerpo sube,
 Clavando sus harpones ó sus garras!

XXXV

Sangrando voy, y á detener me obliga
 Mi empeño, la fatiga,
 Eterno aquel camino me parece.
 Alzo la vista. . . y miro que colgando
 Cerca de mí se mece
 La codiciada flor que voy buscando.

XXXVI

Renace mi vigor, vuelve el aliento;
 Con rudo movimiento

Me adelanto salvando la distancia
 Que me separa de la flor, y ufano
 Con soberbia arrogancia
 Tiendo sobre ella la sangrienta mano.

XXXVII

Y al contemplarme así sobre la altura
 Con extraña locura
 Sentí de la barbarie el atavismo,
 Y orgulloso lancé como un ultraje
 Sobre el profundo abismo
 El estridente grito del salvaje.

XXXVIII

De la callada brisa el dulce beso
 Sobre mi frente impreso
 Calmó la fiebre, me sentí dichoso,
 Y radiante de amor y de alegría
 Me incliné presuroso
 Buscando con la vista á mi María.

XXXIX

Donde yo le dejé, cerca del río
 Inmóvil y sombrío
 Me contemplaba el grupo fijamente,
 Y ella, lejos de allí, puesta de hinojos,

Inclinaba la frente,
Con las manos cubriéndose los ojos.

XL

¡Ella por mí temblando y solitaria
Alzaba su plegaria!
Yo no puedo decir qué sentimiento
Movi6 mi corazón: fué de ventura,
O fué remordimiento
Al contemplar su pena y su amargura.

XLI

Ligero como el tigre perseguido
Dejo el peñ6n erguido,
Encuentro mi corcel, salto á la silla
Y cruzando el torrente, en la cañada,
Doblando una rodilla,
Le presento la flor á mi adorada.

XLII

Ella se acerca pálida, me mira,
Se estremece, suspira,
Y luego apasionada, como loca,
La flor de entre mis manos arrebatada
Se la lleva á la boca
Y en llanto de ternura se desata.

INDICE.

	Págs.
Prólogo.....	5
La luz y las flores.....	19
El Escorial.....	23
Un Recuerdo.....	24
El Arroyo y la Flor.....	27
Gloria.....	29
Duda y Fe.....	31
El Chinaco.....	32
Hoy.....	35
Á dos Golondrinas.....	36
La Veleta.....	41
La Azucena y el Huracán.....	42
Tú y Yo.....	46
El Rocío y el Llanto.....	47
Las Plegarias.....	48
El Alba.....	52
El Mediodía.....	55